

consejo general habia enviado nuevos comisionados para calmar la efervescencia y recordar los buenos principios á los que se habian estraviado de ellos. Tales eran las espresiones de que usaban las autoridades públicas. En todas partes se encontraban gentes, que al paso que se compadecian de los sufrimientos de los infelices sacrificados, añadian: «pero si los hubieran dejado con vida, ellos nos habrian degollado dentro de pocos dias.» Otros decian: «si nosotros somos vencidos y sacrificados por los Prusianos, á lo menos ellos habrán perecido antes que nosotros.» He aquí las espantosas consecuencias del miedo que se inspiran los partidos unos á otros y el odio que engendra el miedo.

En medio de tan horrendos desórdenes estaba dolorosamente conmovida la asamblea, dando decretos sobre decretos para pedir cuenta al ayuntamiento del estado de Paris, sin que este respondiese otra cosa sino que hacia todos sus esfuerzos para restablecer el orden y las leyes. Sin embargo aunque la asamblea estaba compuesta de aquellos girondinos que con tanto valor persiguieron á los asesinos de setiembre, y murieron tan noblemente por haberlos atacado, no la ocurrió siquiera trasladarse en cuerpo á las cárceles é interponerse entre los asesinos y las víctimas. Si aquella idea generosa no vino á sacarlos de los bancos

y llevarlos al teatro de las matanzas, preciso es atribuirlo á la sorpresa, al convencimiento de su impotencia, ó tal vez al frio interes que inspira el peligro de un enemigo, ó en fin á aquella desastrosa opinion, de que no estaban exentos muchos diputados, de que sus víctimas eran otros tantos conjurados que les hubieran dado la muerte, á no haberla recibido antes.

Un hombre desplegó en aquel dia un carácter generoso y se declaró con noble energia contra los asesinos. Desde el segundo dia de los tres que duró el reinado de los verdugos, esto es, desde el lunes por la mañana, en el instante en que terminaban los crímenes de la noche, escribió al corregidor Pezón, que todavia los ignoraba, escribió á Santerre que no se movia para nada, y les hizo á los dos las mas patéticas intimaciones. En el momento mismo dirigió á la asamblea una carta que fué cubierta de aplausos. Aquel hombre de bien tan indignamente calumniado por los partidos, era Roland, el cual clamaba en su carta contra toda especie de desórdenes, contra las usurpaciones del ayuntamiento y contra los furores del populacho, diciendo que él sabia morir en el puesto que le habia asignado la ley. Sin embargo, si se quiere formar idea de la disposicion de los ánimos, del furor que reinaba contra los llamados *traidores* y de los rodeos que era necesario emplear

hablando de aquellas pasiones frenéticas, podrá formarse juicio por el siguiente pasage. Y á fé que no se puede dudar del valor de un hombre, que solo y públicamente hacia responsables á todas las autoridades de aquellas muertes; mas sin embargo he aqui el modo con que estaba obligado á explicarse sobre este punto:

« Ayer ocurrieron sucesos sobre los cuales conviene tal vez echar un velo. Yo sé que el pueblo terrible en su venganza, conserva en ella una especie de justicia, pues no elige por víctima todo lo que se presenta á su furor, sino que la dirige contra aquellos de quienes cree que la chilla de la ley les ha perdonado por largo tiempo, y cuando el peligro de las circunstancias le persuade que deben ser inmolados sin dilacion. Pero yo sé que es tan fácil es que algunos inicuos y traidores abusen de aquella efervescencia y es necesario contenerlos; sé que debemos á toda Francia la declaracion de que el poder ejecutivo no ha podido preveer ni evitar estos excesos, y sé por último que es una obligacion de las autoridades constituidas poner término á ellos ó mirarse como enteramente nulas. No ignoro que esta declaracion me espone á la cólera de algunos agitadores: nada me importa que acaben con mi vida, pues yo no quiero conservarla sino para la libertad y la igualdad. Si estas llegan á

« violarse y destruirse, sea por el reinado de los déspotas estrangeros, ó por el estravio de un pueblo alucinado, ya he vivido bastante; pero á lo menos habré cumplido con mi deber hasta el último suspiro. Este es el único bien que ambiciono y que ningun poder sobre la tierra sabrá arrebatarme »

La asamblea cubrió de aplausos aquella carta, y mandó, á propuesta de Lamourette, que el ayuntamiento diese cuenta del estado de Paris; mas este respondió que estaba restablecida la tranquilidad. Al ver Marat y su comision el valor del ministro del interior, se irritaron extraordinariamente, y se atrevieron á espedir contra él un mandamiento de arresto: tal era su ciego furor que no dudaban en atacar un ministro y un hombre que en aquel momento gozaba todavia de toda su popularidad. Con esta noticia se irritó mucho Danton contra los miembros de la comision, á quienes llamaba *rabiosos*, y aunque diariamente contrariado por el inflexible Roland, estaba lejos de aborrecerle: mucho mas cuando él, en su terrible política, desaprobaba todo cuanto creia inútil, y miraba como una estravagancia prender en medio de sus funciones al primer ministro del estado. Se va pues al corregimiento, y llena de insolencias á Marat; mas sin embargo consiguieron apaciguarle, le reconciliaron con este último y le

entregaron el mandamiento de prision, que él vino al instante á traer á Petion contándole todo lo que habia pasado. He aqui, le dijo al corregidor, de que son capaces esos *rabiosos*, pero yo sabré reducirlos á la razon.—Ha hecho V. muy mal, le replicó friamente Petion, porque semejante acto no hubiera perdido mas que á sus autores.

Por su parte Petion aunque mas frio que Roland no habia manifestado menos valor, porque habia escrito á Santerre, el cual fuese por impotencia ó por complicidad, respondia que tenia quebrantado el corazon con lo que pasaba, pero que no podia hacerse obedecer. Despues se habia ido en persona á los diferentes sitios en que se estaba matando, y en la Force habia arrancado de sus sangrientas sillas á dos regidores que estaban egerciendo, con sus fajas puestas, las funciones mismas que Maillard desempeñaba en la Abadia. Mas apenas hubo salido de alli para otros puntos, cuando volvieron á entrar los mismos municipales y continuaron sus egecuiones. Conociendo Petion su impotencia en todas partes, se volvió á casa de Roland que se habia puesto malo de sentimiento. Solo se habia podido custodiar el Temple, cuyos forzados huéspedes escitaban el furor popular; pero habia sido mas feliz aqui que en otras partes la fuerza armada, pues que habia bastado una

cinta tricolor, estendida al rededor de los muros para alejar al populacho y salvar á la familia real.

Aquellos seres monstruosos que estaban derramando sangre desde el domingo, se habian encarnizado de tal modo en aquella horrible ocupacion, y contraido tal hábito, que ya no podian interrumpirle. Habian llegado á establecer una especie de regularidad en sus ejecuciones, pues las suspendian para trasladar los cadáveres y hacer sus comidas. Hasta ciertas mugeres se ocupaban en llevar el alimento á las cárceles para sus maridos, *quienes*, segun ellos decian, *estaban ocupados en la Abadia.*

En esta y en la Fuerza y Bicetre se prolongaron las matanzas mas que en otras partes. Hallábase en la Fuerza la desgraciada princesa de Lamballe²⁸, que habia sido célebre en la corte por su belleza y relaciones con la reina; y habiéndola llevado moribunda al terrible rastrillo:—¿Quien es V.?—La preguntaron los verdugos de la faja. Luisa de Saboya, princesa de Lamballe.—¿Que ocupacion tenia V. en la corte? ¿Tenia V. noticia de las tramas del palacio?—No tengo noticia de ningun trama.—Haga V. juramento de amar la libertad y la igualdad; y tambien de aborrecer al rey, á la reina y al trono.—Haré el primer juramento, pero no el segundo porque no está en mi corazon.

—Jure V.— La decia con mucha instancia uno de los asistentes que queria salvarla *, pero la infeliz ni veia ni oia nada.— *Que suelten á la señora.* — Dijo el gefe del rastrillo; pues allí como en la Abadia habian convenido en cierta palabra para indicar la señal de muerte. Llevan aquella desgraciada muger, á quien segun cuentan algunos no habia la intencion de matar sino de librarla efectivamente y apenas la vieron los furiosos en la puerta cuando la dan un sablazo en el cuello que hizo saltar la sangre. Adelantóse ella sin embargo sostenida por dos hombres que acaso intentaban salvarla, ** pero á pocos pasos de allí recibió otro golpe mas terrible que la derribó en el suelo. Entonces su hermoso cuerpo fué destrozado y los asesinos despues de ultrajarle le mutilaron y repartieron los pedazos. Llevaron la cabeza, el corazon y algunas partes de su cadaver clavados en una pica y los pasearon por la calle de Paris. Es preciso, decian aquellos bárbaros en su atroz lenguaje, *llevarlos á los pies del trono*; y en efecto se dirigieron al Temple y despiertan á fuerza de gritos á los desgraciados prisioneros, que pregunta-

* O mas probablemente envilecerla. (N. del T.)

** No comprendemos en verdad este continuo empeño de Mr. Thiers en atenuar con algun paréntesis las inauditas maldades del populacho revolucionario. (N. del T.)



M^{MA} DE LAMBALLE.



ban con espanto lo que era. Se oponen los comisarios municipales á que vean la horrible comitiva que pasaba por debajo de la ventana y la cabeza sangrienta que llevaban en una pica, llegando un guardia nacional á decir á la reina. « *Es la cabeza de Lamballe que no quieren que la veais* » Al oír estas palabras cayó desmayada la reina y la llevaron entre Madama Isabel, el rey y el ayuda de cámara Clery ²⁹ para que no oyese al volver en sí aquella horrible algazara, que duró mucho tiempo despues al rededor de los muros del Temple.

Todo el día 3 hasta la mañana del 4 continuó derramándose sangre, particularmente en Bicetre donde fué mas terrible y duró mas que en otras partes. Habia allí algunos miles de presos encerrados, como todo el mundo sabe, por toda especie de vicios. Cuando se vieron atacados intentaron defenderse, y hubo que emplear la artillería para reducirlos. Llegó á tal la desvergüenza de un individuo del consejo general del ayuntamiento, que vino á solicitar fuerzas para reducir á los presos que se defendian, pero no fué escuchado, y Petion se dirigió á Bicetre sin poder obtener nada.*

* Observarán nuestros lectores que el bueno, el noble y el virtuoso Petion, como de vez en cuando le califica el autor de esta historia, siempre fué impotente para hacer el bien y poderosísimo para ocasionar el mal. (N. del T.)

Era ya una especie de necesidad de sangre la que animaba á la multitud; y el furor de combatir y asesinar habia sucedido en ella al fanatismo político, de suerte que mataba por solo el placer de matar. Duró allí la carnicería hasta el miércoles 5 de setiembre.

En fin ya habian perecido casi todas las víctimas designadas; las cárceles estaban vacías, y los furiosos todavía pedian sangre y mas sangre; pero los sombríos ordenadores de tantas muertes parece que principiaban á dar muestras de alguna compasion. Ya empezaban á suavizarse las espresiones del ayuntamiento, pues decia que conmovido profundamente de los rigores ejercidos contra los presos, estaba dando nuevas órdenes para contenerlos, y entonces no dejó de ser obedecido. Sin embargo apenas quedaban ya algunos desgraciados á quienes pudiese ser útil semejante compasion; siendo muy varia la evaluacion del número de las víctimas en todas las relaciones de aquel tiempo, pues las elevan unas á 6 mil y otras hasta 12 mil en las diferentes cárceles de Paris.

Pero sí fué grande el estupor que causaron aquellas ejecuciones, no sorprendió menos la audacia con que se confesaron y recomendaron á la imitacion de los demas pueblos. La comision de vigilancia se atrevió á estender una circular á todos los ayuntamientos de Francia, que debe conser-

var la historia, juntamente con las siete firmas que la suscribieron. He aqui copiado este documento monumental.

Paris 2 de setiembre de 1792.

« Hermanos y amigos: una horrorosa trama ur-
« dida por la corte para degollar á todos los pa-
« triotas del imperio frances, trama en que están
« comprometidos un gran número de miembros de
« la asamblea nacional, puso en la dura precision
« el nueve del mes pasado al ayuntamiento de Pa-
« ris, de usar de todo el poder del pueblo para
« salvar á la nacion, y no perdonó nada para ha-
« cerse digna de la aprobacion de la patria. Des-
« pues de los testimonios de benevolencia que la
« misma asamblea le habia dado, ¿quién hubiera
« de creer que desde entonces se estaban emplean-
« do nuevas intrigas en lo mas oculto del silencio,
« y que estallarían en el momento en que la asam-
« blea nacional, olvidando que acababa de decla-
« rar que el ayuntamiento de Paris habia salvado
« á la patria, se daba prisa á destituirle en pre-
« mio de su ardiente civismo? Con semejante no-
« ticia, los públicos clamores que se levantaron de
« todas partes, hicieron conocer á la asamblea na-
« cional la necesidad urgente de unirse con el pue-
« blo y devolver al ayuntamiento, con la revo-
« cacion del decreto de destitucion, la autoridad
« de que ella le habia investido.

« Orgullosa de gozar de toda la plenitud de la
 « confianza nacional, que se esforzará en merecer
 « mas y mas, situado en el foco de todas las cons-
 « piraciones, y determinado á perecer por la sa-
 « lud pública, no se gloriará de haber hecho su
 « deber, sino cuando haya obtenido vuestra apro-
 « bacion, que es el objeto de todos sus deseos, y
 « de que no estará seguro, sino despues que todos
 « los departamentos hayan sancionado sus provi-
 « dencias en favor de la salud pública. Profesando
 « los principios de la mas perfecta igualdad, y sin
 « ambicionar otro privilegio que el de presentar-
 « se el primero en la brecha, se apresurará á po-
 « nerse al nivel del ayuntamiento menos numeroso
 « del imperio, luego que no haya nada que temer.

« Noticioso de que unas hordas bárbaras venian
 « avanzando contra él, se apresura el ayuntamien-
 « to de Paris á informar á sus hermanos de todos
 « los departamentos, que una parte de los feroces
 « conspiradores, que estaban detenidos en las cár-
 « celes ha recibido la muerte de mano del pueblo,
 « cuyo acto de justicia le ha parecido indispensa-
 « ble para contener por medio del terror á las le-
 « giones de traidores encerrados en sus muros, en
 « el momento en que iba á marchar al enemigo;
 « y sin duda la nacion despues de la larga série de
 « traiciones que la ha conducido al borde del abis-
 « mo, se apresurará á adoptar este medio tan útil

« como necesario; y todos los franceses se dirán
 « á sí mismos como los Parisienses: nosotros mar-
 « chamos al enemigo, y no dejamos por detras
 « unos bribones que degüellen á nuestras muge-
 « res y á nuestros hijos. Siguen las firmas que son:
 « Duplain, Panis, Sergent, Lenfant, Marat, Lefort,
 « Jourdeuil, *administradores de la comision de vigilan-*
 « *cia constituida en el ayuntamiento,* »

La lectura de este documento puede hacer formar idea del grado de fanatismo que produjo en los ánimos la inmediacion del peligro. Pero ya es tiempo de tornar nuestras miradas hácia el teatro de la guerra, donde no encontraremos mas que recuerdos gloriosos.